

LA FUNCION DEL TEOLOGO EN LA ESPAÑA DE HOY

LUCAS F. MATEO-SECO

Al estudiar el Discurso que Su Santidad Juan Pablo II dirigió a los teólogos españoles desde el Aula Magna de la Universidad Pontificia de Salamanca, pienso que será conveniente tener muy presentes las siguientes precisiones metodológicas:

1) El Discurso pontificio forma parte de un mensaje mucho más amplio: el mensaje dirigido a la Iglesia española. Se trata de un mensaje unitario en el que cada discurso ha de ser considerado no sólo en sí mismo, sino en su relación al conjunto. Como ha hecho notar el Presidente de la Conferencia Episcopal Española comentando este mensaje, «los discursos y homilías pronunciados por Juan Pablo II, con recia entonación y subrayados significativamente, forman un cuerpo coherente y completo de doctrina que rara vez se circunscribe a las circunstancias locales de la diócesis en que fueron pronunciados. Son palabras de aliento e intenciones más amplias que abarcan a toda la Iglesia en España, y aún a todos los ciudadanos españoles»¹. Desde este punto de vista, muchas de las afirmaciones contenidas en este discurso encuentran su continuación, su matización o su complemento al ser comparadas con afirmaciones paralelas contenidas en otros discursos².

2) El Discurso a los teólogos, cuya parte central versa sobre la naturaleza del quehacer teológico y su función en la misión de la Iglesia, se encuentra inserto, además, dentro de un conjunto de actos magisteriales en torno a esta cuestión, magisterio que comenzó solemnemente en la Encíclica *Redemptor hominis* y ha proseguido perseverantemente en numerosas ocasiones³. De ahí que las diversas cuestiones abordadas en

1. *Mensaje de Juan Pablo II a España*, BAC², Madrid 1982, p. XIII.

2. Las referencias más directas aparecen en el *Discurso a la Conferencia Episcopal Española*, el *Discurso en la Universidad Complutense*, y la *Alocución mariana*. Cfr. también los Discursos y Homilías en que se exaltan las figuras de Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, Doctores de la Iglesia.

3. Cfr. p.e., Enc. *Redemptor hominis*, n. 19; *Discurso a la Comisión Teológica Internacional* (26-X-1979); *Discurso a las Universidades Pontificias* (16-X-1979); *Discurso en la Universidad Gregoriana* (15-XII-1979); *Discurso en la Pontificia Uni-*

el Discurso, sobre todo las referentes a la íntima naturaleza de la teología y a las relaciones entre teología y Magisterio, adquieran su justa perspectiva cuando se las contempla encuadradas en el contexto global del desarrollo del pensamiento de Juan Pablo II sobre esta temática.

3) Como sucede en todo viaje de Juan Pablo II y, en forma notable, en su viaje a España, bajo las afirmaciones contenidas en sus discursos late un conocimiento de la problemática existente en el país visitado, un diagnóstico de la situación, la decisión de aplicar una determinada terapia —lo que podría denominarse «un talante» pastoral—, y una orientación hacia el futuro.

En mi comentario al Discurso que ocupa nuestra atención, procederé de la siguiente forma: comenzaré refiriéndome a lo que, según mi entender, constituyó rasgo distintivo y constante en el «talante pastoral» del Sucesor de Pedro durante esta visita y, al hacerlo, expondré también algunos de los elementos más significativos de la situación de la teología en España, en un intento de considerar las palabras del Papa en su encuadre histórico. A continuación, me detendré en la importancia del quehacer teológico como servicio a la participación del Pueblo de Dios en la misión profética de Cristo, para centrarme, finalmente, en el análisis de las relaciones fe y teología tal y como fue subrayado en este importante discurso papal. A lo largo de estas páginas, como es obvio, remitiré con frecuencia a otras intervenciones durante este viaje, o al contexto más amplio del pensamiento de Juan Pablo II, sobre todo, en la Encíclica *Redemptor hominis*.

1. *Alentar las energías de la Iglesia*

El «talante» pastoral de Juan Pablo II durante esta visita fue bien visible, llamativamente claro. Lo encontramos formulado en expresiones como ésta: «alentar las energías de la Iglesia y las obras de los cristianos» (2, 6), y en el constante y manifiesto empeño de curar sin herir. Quizás todo este viaje papal podría estimarse como presidido por el lema que constituyó el *leit motiv* de su *Encuentro con los jóvenes*: vencer el mal con el bien. Este «talante», decidida y conscientemente positivo, se encuentra también en la extrema delicadeza con que el Papa alude a algu-

versidad de Santo Tomás (17-XI-1979); *Discurso a los profesores y alumnos de la Pontificia Universidad Lateranense* (16-II-1980); *Discurso en la Universidad Pontificia Urbana* (19-X-1980); *Homilía en la Misa para las Universidades Pontificias Romanas* (28-X-1980); *Discurso a los profesores de teología en Altötting* (18-XI-1981); *Discurso en la Pontificia Universidad Salesiana* (21-I-1981); *Discurso a la Comisión Teológica Internacional* (6-X-1981); *Homilía en la Misa para las Universidades Pontificias Romanas* (23-X-1981); *Discurso a los obispos belgas en visita «ad limina»* (18-IX-1982), n. 2.

nos abusos cometidos en publicaciones y de los que los obispos españoles habían salido ya al paso. Tras el viaje del Papa, los Obispos españoles, en sintonía con este «talante» se han expresado así en una exhortación colectiva: «Talante espiritual para una nueva época. Las experiencias pasadas nos han sacudido duramente; sin embargo, la esperanza se mantiene viva. Se impone ahora propiciar entre todos una situación de serenidad y de reflexión que favorezca la creatividad positiva y armónica» (Exh. 21). Fidelidad y creatividad han sido dos términos insistentemente usados por el Papa al describir el cometido de la teología tal y como es urgido por las necesidades del presente.

Las referencias a la situación actual de la sociedad española, y a las exigencias que de aquí dimanar para los cristianos, aparecen ya en el saludo que dirige a los españoles en el aeropuerto de Barajas. «En este contexto histórico y social —dice el Papa tras haber hecho alusión a la historia pasada y reciente de la Iglesia en España—, es necesario que los católicos sepais recobrar el vigor pleno del espíritu, la valentía de una fe vivida, la lucidez evangélica iluminada por el amor profundo al hombre hermano. Para sacar de ahí fuerza renovada que os haga siempre infatigables creadores de diálogo y promotores de justicia, alentadores de cultura y elevación humana y moral del pueblo. En un clima de respetuosa convivencia con otras legítimas opciones, mientras exigís el justo respeto de las vuestras» (2, 5).

El lector encuentra numerosos párrafos parecidos a éste en los que afloran elementos para un conocimiento de la situación eclesial en España⁴. Por lo que a nuestro Discurso se refiere, conviene llamar la atención sobre el fuerte subrayado que el Papa hace en torno a las cuestiones que miran a la doctrina y a la cultura: es necesario que los católicos recobren «el vigor pleno del espíritu», «la valentía de una fe vivida», «la lucidez evangélica». Los católicos deben ser creadores de diálogo, promotores de justicia, «alentadores de cultura y elevación humana y moral del pueblo». Cabría decir que estas tareas tan importantes y urgentes no podrán llevarse a cabo con un mínimo de rigor si no se da, al mismo tiempo, un florecimiento de la teología en renovada fidelidad y creatividad⁵.

En forma especialmente clara, se nota una llamada a llenar como un

4. Así se nota en el *Discurso a la Conferencia Episcopal Española*, y en la comparación de este Discurso con las Alocuciones dirigidas a los obispos españoles en sus visitas «ad limina».

5. En la Universidad Complutense, Su Santidad hace hincapié en las aportaciones que los grandes maestros de la teología han hecho a la cultura española y en las huellas que han dejado en la cultura universal; en el dirigido a los obispos, les recuerda que pertenecen a una tierra que supo «defender siempre con la fe, con la ciencia y la piedad las glorias de María» (n. 9), y les insiste en que pongan atención —dentro de su servicio a la fe— «en la investigación teológica y en la enseñanza de las ciencias sagradas» (n. 5).

vacío teológico de nuestro actual contexto histórico en aquellos párrafos en los que se evoca con insistencia la magnífica contribución de los teólogos españoles del siglo XVI a «la cultura del hombre» y a la solución de los problemas de su época, en los que les presenta como «maestros» por su «creatividad y fidelidad», por la forma en que supieron aportar la luz de la revelación cristiana a las «nuevas estructuras socio-económicas». Lo que se pide a los teólogos españoles por parte del Sucesor de Pedro es que aspiren a la grandeza de los que fueron los maestros del Siglo de Oro; que como ellos se distingan por su «fidelidad a la Iglesia de Cristo y compromiso radical por su unidad bajo el primado del Romano Pontífice»; que se distingan también por su «creatividad en el método y en la problemática» (10, 1).

A nadie se oculta la oportunidad de estas palabras del Romano Pontífice, palabras que exigen animando o que animan exigiendo. En efecto, tras la euforia de las primeras sesiones del Concilio Vaticano II (me refiero a aquellos momentos en que en España los teólogos son halagados con bastante frecuencia por los medios de comunicación social) se han puesto de relieve con especial fuerza los notables sacrificios que comporta una tarea teológica seria y profunda. Se pone también de manifiesto que el halago de muchos medios de comunicación social desaparece cuando, con honestidad científica, el teólogo manifiesta su fidelidad a la Iglesia de Cristo.

También durante estos años han sucedido algunos hechos —exagerados, a veces, incluso deformados por los *mass media*—, que hacían necesaria una llamada a la fidelidad, es decir, a que la teología no se desvincule del *humus* que vitaliza sus raíces: la fe de la Iglesia. Los Obispos españoles, en la *Exhortación colectiva* que ya hemos citado, describen así este fenómeno: «El bien de la Iglesia pide que este trabajo (el teológico) se desarrolle en plena conciencia de responsabilidad y en sincera fidelidad a la fe eclesial, cuyo intérprete auténtico y vinculante es el magisterio vivo de los legítimos pastores. Cuando esto falta, lo que, por desgracia, ocurre algunas veces entre nosotros, el esfuerzo intelectual resulta baldío y más que cosechar desparrama. Es muy conveniente que los fieles estimen en todo su valor la función y servicio de los teólogos en la Iglesia, sabiéndolos distinguir de otras voces que, sin suficiente garantía, confunden al pueblo cristiano» (Exh., 34).

2. *La síntesis entre fe y cultura*

En el párrafo del primer Saludo a los españoles, ya citado, se ha resaltado con fuerza la misión evangelizadora de toda la Iglesia en España —ministros y fieles—, se ha hecho especial hincapié en «alentar la cultura», y, por lo tanto, se destacará la importancia de la amplia di-

fusión de la doctrina cristiana. Desde esta perspectiva, era inevitable —y así lo hará el Papa— subrayar la trascendencia que en el servicio pastoral de los obispos guarda su servicio a la fe⁶, y, a su vez, destacar la función del quehacer teológico dentro de la misión apostólica de la Iglesia⁷.

Este doble subrayado venía exigido, además, por el acento, tan característico de Juan Pablo II, sobre las relaciones entre fe y cultura. A este respecto, los párrafos más elocuentes se encuentran en el Discurso en la Universidad Complutense. Me refiero a afirmaciones como ésta: «La Iglesia, que ha recibido la misión de *enseñar a todas las gentes*, no ha dejado de difundir la fe en Jesucristo y ha actuado como uno de los fermentos civilizadores más activos de la historia. Ha contribuido así al nacimiento de culturas muy ricas y originales en tantas naciones» (21, 2).

El Papa es consciente —y así lo dirá expresamente aquí— de que el pueblo, cuya hospitalidad está recibiendo, es buena prueba de esta afirmación, y volverá una vez y otra sobre este tema al recordar su historia, sus sabios, sus santos, su tarea civilizadora allende el océano. Esta tarea sería inconcebible, —es el pensamiento del Papa— si los hombres que la llevaron a cabo no hubiesen estado animados por la fe. Y, al mismo tiempo, la fe de estos hombres no habría estado «plenamente acogida», «totalmente pensada», si no hubiese fructificado en civilización y cultura (21, 2).

Juan Pablo II pone de relieve que esta relación entre fe y cultura es múltiple y más en dependencia de la misma naturaleza de la fe que de las circunstancias históricas, pues «el vínculo del Evangelio con el hombre es creador de cultura en su mismo fundamento, ya que enseña a amar al hombre en su misma humanidad y en su dignidad excepcional» (21, 2). Precisamente por esta radicalidad con que el Evangelio enseña a amar al hombre *en su humanidad* —en el mero y desnudo hecho de ser hombre—, donde quiera que el Evangelio es acogido allí fecunda la cultura.

Juan Pablo II va desgranando en la Complutense su pensamiento dirigiéndose a los hombres de la cultura en España. Reivindica la grandeza de la historia del país que visita en un momento en que oportunismos políticos intentan desfigurar y minusvalorar esta historia; llama la atención, sobre todo a los cristianos, sobre los indivisibles lazos que unen el

6. Parte importante de este servicio consistirá en «aplicar correctamente, sin desviaciones por defecto o por exceso, las enseñanzas del último Concilio ecuménico». El obispo debe examinarse sobre «las relaciones que mantiene con los teólogos, ya sea para animarlos, ya sea, si fuera necesario, para ayudarlos a rectificar eventuales desviaciones» (3,5).

7. Se trata de una «participación en la misión evangelizadora de la Iglesia» y «servicio preclaro a la comunidad eclesial» (10,4).

Evangelio y la cultura, en un momento en que la superficialidad lleva a tantos a pensar que la auténtica cultura será irreversiblemente —más aún, quizás deba ser— agnóstica y secularizada; reafirma una vez más que «el progreso de la cultura está unido al crecimiento moral y espiritual del hombre, porque es por medio de su espíritu que el hombre se realiza en cuanto tal» (21, 2), y en esta defensa del espíritu humano manifiesta, siguiendo al Vaticano II, que sólo en Dios encuentra la dignidad humana su último e inmovible fundamento⁸. Pide a todos la colaboración en el servicio al hombre al que «hay que defender en su identidad, en su dignidad y grandeza moral, porque es una *res sacra*, como bien dijo Séneca», y exhorta a «los teólogos e intelectuales católicos a profundizar en estos datos fundamentales de la antropología cristiana y a ilustrar su significación práctica para la sociedad moderna» (21,8 y 11).

3. *Participación en la misión profética*

Al rendir homenaje a la «herencia hispánica» y evocar ante los ojos del recuerdo a tantos personajes ilustres, entre ellos los grandes maestros del espíritu como Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, el Papa precisa que «todos esos hombres y mujeres son maestros en el sentido pleno de la palabra, que han sabido, con una inteligencia excepcional y profética, servir al hombre en sus aspiraciones más altas» (21,6).

La participación del Pueblo de Dios en la misión profética de Cristo es tema muy querido para Juan Pablo II; la consideración del quehacer teológico al servicio de esta misión, ángulo elegido con mucha frecuencia. Así se ve ya en la Encíclica *Redemptor hominis*, con cuya cita subraya en Salamanca la «función relevante de la teología en la comunidad eclesial», pues, «la teología tuvo siempre y sigue teniendo una gran importancia para que la Iglesia, Pueblo de Dios, pueda de manera creativa y fecunda participar en la misión profética de Cristo»⁹.

Este pasaje de la encíclica se abre con la rotunda afirmación de que «a la luz de la sagrada doctrina del Concilio Vaticano II, la Iglesia se presenta ante nosotros como sujeto social de la responsabilidad de la verdad divina», e insiste en que «la participación en la misión profética de Cristo mismo forja la vida de la Iglesia en su dimensión fundamental». A lo largo de todo este número, misión profética y responsabilidad por la verdad aparecen estrecha y múltiplemente entrelazadas: la palabra que Cristo pronuncia —recuerda el Papa— «no es suya, sino del Padre

8. Cfr. Const. Past. *Gaudium et spes*, nn. 11-22.

9. Enc. *Redemptor hominis*, n. 19.

que le ha enviado»; de ahí la exigencia de fidelidad en la transmisión de una verdad de la que la Iglesia no es dueña.

Esta participación en la misión profética de Cristo «forja la vida de la Iglesia en su dimensión fundamental», y afecta a todos los cristianos. Consecuencia: «Conviene que la responsabilidad de la Iglesia por la verdad divina sea cada vez más, y de distintos modos, compartida por todos. ¿Y qué decir aquí de los especialistas de las distintas materias, de los representantes de las ciencias naturales, de las letras, de los médicos, de los hombres del arte y de la técnica, de los profesores de los distintos grados y especializaciones? Todos ellos —como miembros del Pueblo de Dios— tienen su propia parte en la misión profética de Cristo, en su servicio a la verdad divina, incluso mediante la actitud honesta respecto a la verdad, en cualquier campo que ésta pertenezca (...). Así, pues, el sentido de responsabilidad por la verdad es uno de los puntos fundamentales de encuentro de la Iglesia con cada hombre, y es igualmente una de las exigencias fundamentales, que determinan la vocación del hombre en la comunidad de la Iglesia».

El sentido de la verdad. La relación honesta con la verdad. La responsabilidad por la verdad. He aquí una dimensión fundamental de la vida de la Iglesia, pues Ella misma es, según la doctrina del Concilio Vaticano II, «sujeto social de la responsabilidad por la verdad divina» con las mismas relaciones con esta verdad divina que las que tiene Cristo, de cuya misión profética participa. Esta responsabilidad por la verdad divina ha de ser compartida por todos; más aún, es de hecho compartida incluso mediante la relación honesta respecto a la verdad en cualquier campo que esta pertenezca. Esta variada relación con la verdad es «igualmente una de las exigencias fundamentales que determinan la vocación del hombre en la comunidad de la Iglesia».

A nadie se oculta que esta exigencia múltiple con respecto a la verdad ha de afectar en forma especial al teólogo. Diríamos que afecta reduplicativamente a su vocación de hombre en la comunidad de la Iglesia. En cuanto intelectual, le afecta como a cualquier otro cristiano dedicado a la ciencia; en la búsqueda y en la relación honesta con la verdad «en cualquier campo que esta pertenezca», está participando en la misión profética de Cristo. Pero la peculiaridad de la tarea del teólogo —cuyo objeto es la verdad divina— hace, a su vez, que esta tarea adquiera un relieve peculiar, una extraordinaria importancia en el cumplimiento por parte de todo el Pueblo de Dios de su participación en la misión profética de Cristo.

Este peculiar relieve que el quehacer teológico reviste para la Iglesia radica, entre otras cosas, en el hecho de que actuar conforme a la «responsabilidad» por la verdad divina comporta «amarla y buscar su comprensión más exacta, para hacerla más cercana a nosotros mismos y a los demás en toda su fuerza salvífica, en su esplendor, en su profundidad

y sencillez juntamente»¹⁰. Por ello, como dirán los Obispos españoles, «resulta hoy de suma importancia que la fe de los cristianos se vea iluminada y fortalecida por los teólogos que enseñan en las facultades y centros teológicos» (Exh. 34).

En el *Discurso en Salamanca*, Juan Pablo II ha expresado en dos palabras el buen hacer teológico: *fidelidad y creatividad*. En la *Redemptor hominis*, y refiriéndose a la participación del Pueblo de Dios en la misión profética de Cristo, concluía afirmando que ésta ha de llevarse a cabo de «manera creativa y fecunda». Esto sólo puede realizarse mediante una comprensión cada vez más profunda y amorosa de la verdad. No otra es la tarea de la teología, definida comunmente como *fides quaerens intellectum*.

Fidelidad al buscar «la comprensión más exacta» de la verdad; creatividad para hacerla cercana, para saber presentarla en el esplendor de su sencillez y profundidad. Siempre la relación con la verdad. La consideración de la verdad que en todos estos textos hace Su Santidad no es consideración que pudiera decirse descarnada, abstracta, sino una consideración de la verdad en su aspecto existencial: en su aspecto originario (toda verdad viene de Dios como de una única fuente), y en su aspecto salvador (es la verdad la que libera al hombre)¹¹; de igual forma, el quehacer teológico viene siempre considerado no como «cometido de un especialista, aislado en una especie de torre de marfil» (10,4), sino como inserto en el tejido social de la Iglesia y en el tejido social de la humanidad.

4. *La teología, ciencia eclesial*

La teología —dirá Juan Pablo II en Salamanca repitiendo palabras pronunciadas en la Universidad Gregoriana—, «está al servicio de la Iglesia y, por lo tanto, debe sentirse dinámicamente integrada en la misión de la Iglesia, especialmente en su misión profética. La tarea del teólogo lleva, pues, el carácter de misión eclesial como participación en la misión evangelizadora de la Iglesia y como servicio preclaro a la comunidad eclesial» (10,4)¹².

10. *Ibidem*. «Por esto —prosigue— los teólogos, como servidores de la verdad divina, dedican sus estudios y trabajos a una comprensión siempre más penetrante de la misma, no pueden perder nunca de vista el significado de su servicio en la Iglesia, incluido en el concepto del *intellectus fidei*».

11. Desde el comienzo de su pontificado, Juan Pablo II vuelve una vez y otra sobre este asunto, siempre al hilo de la cita de Jn 8,32. A este respecto, cfr. Enc. *Redemptor hominis*, n. 12.

12. Su Santidad cita aquí dos veces el mismo Discurso pronunciado en la Universidad Gregoriana. El contexto de los párrafos es muy parecido. En el Discurso en la Gregoriana, el Papa pide una doble apertura: «apertura a los problemas del

En el *Discurso en la Universidad Complutense*, al describir la grandeza de los maestros del Siglo de Oro, o al referirse a la cooperación que debe existir entre las diversas ramas del saber en el servicio al hombre, el Sucesor de Pedro alude numerosas veces a la cooperación de la teología en la evangelización. En el *Discurso a los teólogos españoles*, este servicio viene descrito con las siguientes palabras: «Debemos servir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Debemos servirles en su sed de verdades totales; sed de verdades últimas y definitivas, sed de la Palabra de Dios, sed de la unidad entre los cristianos» (10,4)¹³.

El ángulo desde el que se está hablando de la grandeza del quehacer teológico no es otro que el servicio a la verdad y, concretamente, del servicio a la verdad divina en el que, con todo el Pueblo de Dios, debe empeñarse con todas sus fuerzas. Desde este punto de vista valen para el teólogo las mismas recomendaciones que para los Obispos... y para los Obispos las mismas recomendaciones que para los teólogos. Así, en el lugar que venimos comentando, Su Santidad, al hablar de la «grave responsabilidad del teólogo», cita dos veces —una implícita y otra explícitamente— su Discurso dirigido en Puebla a la Conferencia de Obispos Latinoamericanos. Las citas se refieren a la obligación de «confesar a Cristo ante la historia y ante el mundo con convicción profunda, sentida y vivida como lo confesó Pedro»; se refiere también a que «el Pueblo de Dios y ante todo los sacerdotes y futuros sacerdotes tienen derecho a que se les expliquen sin ambigüedades ni reducciones las verdades fundamentales de la fe cristiana»¹⁴.

Era lógico que Su Santidad citase algunas de las palabras pronunciadas en la gran asamblea del CELAM. En definitiva, la situación teológica en Latinoamérica depende bastante de Europa y, en no pequeña medida, de España. Basta ver dónde se han formado y a dónde permanecen ligados los principales teólogos latinoamericanos; basta también recordar qué casas editoras acogen sus obras. En este sentido, parece muy coherente que Juan Pablo II, con el tacto que le es habitual, quisiera hacer notar que algunos de sus criterios para Latinoamérica encuentran también aquí plena validez, insinuando a la vez la importancia

hombre concreto y apertura al servicio de la comunidad eclesial». Y, tras el trozo citado, continúa: «Pensamiento teológico y acción pastoral no se oponen entre sí, sino que se promueven mutuamente; investigación científica y evangelización caminan juntas: la una lleva y sostiene a la otra».

13. Estas palabras corresponden también al *Discurso en la Universidad Gregoriana*. He aquí su continuación, que muestra el objetivo específico con que allí se pronunciaron: «...Las realidades que aquí se profundizan, el servicio pedagógico y formativo que aquí se da, las doctrinas que desde aquí se difunden, no son algo marginal, como un lujo respecto a los problemas reales de nuestro mundo. Tocan los aspectos más profundos de la existencia, esos que Cristo mismo ha venido a iluminar con su vida, muerte y resurrección» (n. 6).

14. Cfr. *Discurso a la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, I, 1-3 y 1-5.

—aunque no el protagonismo— que España y los teólogos españoles tienen en el desarrollo e incidencias de los problemas teológicos latinoamericanos

Las frases escogidas muestran una preocupación evidente: que desde las cátedras de teología se estén presentando a los futuros sacerdotes en forma ambigua o con una antinatural reducción las verdades fundamentales de la fe cristiana¹⁵. Y esto, quizás, originado por una concepción de la teología según la cual el cometido del teólogo en el servicio a la verdad es dialécticamente opuesto al del obispo. El Papa subraya, por el contrario, que son tareas «complementarias» y que ambos, magisterio y teólogos, «en cuanto deben servir a la verdad revelada, están ligados por los mismos vínculos» (10,5)¹⁶. De hecho, según hemos visto en las citas del Discurso en Puebla, Juan Pablo II encuentra muchas cosas comunes que decir por igual a obispos y teólogos. Y, si aquí vemos aplicadas a los teólogos unas palabras inicialmente dirigidas a los obispos, en el *Discurso a los obispos de Bélgica*, también citado en Salamanca, encontramos la petición a los obispos de que no se desentiendan del quehacer teológico¹⁷. De igual forma que no sería legítimo para un teólogo concluir del hecho de que no es obispo que a él no le compete la responsabilidad de velar por la fiel transmisión de la verdad, tampoco sería aceptable en un obispo —cuya misión apostólica es conservar al pueblo cristiano en la unidad de la fe—, argumentar con que no está ocupando una cátedra de teología para inhibirse a la hora de cumplir su obligación de ser «garante de la sana doctrina». También al teólogo en cuanto teó-

15. Además de aquí, Su Santidad alude a este asunto en el *Discurso a la Conferencia Episcopal Española*, n. 5, y en la *Alocución mariana* (n. 3), donde el Papa alaba la Nota de 1-IV-1978 de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe «recordando el sentido realístico» de la profesión de fe en la virginidad de Santa María.

16. Estas palabras están tomadas del *Discurso a la Comisión Teológica Internacional* de 26-X-1979, n. 7. Se encuentran en un contexto centrado en mostrar los elementos comunes al Magisterio y a los teólogos. En el *Discurso a los teólogos españoles*, Su Santidad describe las relaciones entre Magisterio y teología siguiendo este iter argumentativo: a) «El Magisterio eclesial no es una instancia ajena a la teología, sino intrínseca y esencial a ella», pues «el teólogo es ante todo y radicalmente un creyente»; b) «la fidelidad al testimonio de la fe y al magisterio eclesiástico no aliena al teólogo de su quehacer propio, ni lo priva de su irrenunciable consistencia»; c) «Magisterio y teología tienen una función diversa»; d) Magisterio y teología «no son dos tareas opuestas, sino complementarias»; e) El «Magisterio y la teología deberán permanecer en un diálogo, que resultará fecundo para los dos».

17. Así sucede en el *Discurso a la Conferencia Episcopal Española*, n. 5. Las características de esta atención episcopal a las cuestiones teológicas está descrita con más detalles en el *Discurso a los obispos belgas en visita «ad limina»* (18-IX-82), n. 2, donde leemos: «Me complace decir que los obispos —cuya misión apostólica es conservar al pueblo cristiano en la unidad de la fe— deben ser teólogos presentes en el terreno, directamente y diariamente, atentos a los cambios y a las posturas de la vida y de las personas, de las diversas comunidades (...) ¿Es preciso volver a decir que nuestra época requiere por todas partes obispos y teólogos a la vez claros y valerosos?».

logo corresponde confesar a Cristo, testimoniar la fe, servir a la verdad; bien consciente de que no él, sino la Iglesia, a la que pertenece como fiel cristiano, es el «sujeto social de la responsabilidad por la verdad divina».

5. Teología y fe

Quizás en ninguna de las numerosas ocasiones en que Juan Pablo II ha tratado de las relaciones entre fe y teología haya sido tan explícito, haya insistido tanto y con tanta energía en el lazo indisoluble existente entre teología y fe, como en el Discurso en Salamanca. Podríamos decir que si con el subrayado en el quehacer teológico como participación en la misión profética de Cristo, compartida por todo el Pueblo de Dios, Su Santidad ha salido al paso de una doble posible quiebra —entre los teólogos y «sensus fidei fidelium», entre teólogos y obispos—, con estos párrafos que constituyen la parte más densa e «impegnativa» doctrinalmente de todo el *Discurso a los teólogos*, sale al paso de otra posible quiebra: la oposición entre ciencia y fe, es decir, considerar como dialécticamente situadas en el teólogo su doble condición de creyente y de científico.

Como tantos otros aspectos de la cultura contemporánea, esta vieja cuenta al compás de las traducciones de literatura teológica elaborada en cida en el s. XIX—, llega a nuestro país mediada la década de los cincuenta al compás de las traducciones de literatura teológica elaborada en Centroeuropa. Su presencia en estos años recientes se manifiesta en esta doble reducción: el rechazo por «no científico» del magisterio de la Iglesia considerándolo como instancia ajena al teólogo, o al trabajo estrictamente teológico; la concepción de que un tratado teológico está más científicamente elaborado mientras más sospechas admita contra el punto de partida, es decir, la fe recibida.

Las palabras del Papa a este respecto son decididamente claras. Partiendo de la definición anselmiana —*fides quaerens intellectum*— Juan Pablo II llega a estas afirmaciones: «Hacer teología es, pues, una tarea exclusivamente propia del creyente en cuanto creyente, una tarea vitalmente suscitada y en todo momento sostenida por la fe, y por eso pregunta y búsqueda ilimitada» (10,2).

El iter argumentativo no deja lugar a dudas: hacer teología es tarea del creyente en cuanto creyente precisamente porque la teología brota de algo que es intrínseco a la fe por la que el creyente cree. Este algo intrínseco es el impulso de la fe a comprenderse a sí misma «tanto en su opción radicalmente libre de adhesión personal a Cristo, cuanto en su asentimiento al contenido de la revelación cristiana» (10,2). Así la fórmula anselmiana es tomada en su estricto significado: la teología

no es otra cosa que la fe buscando comprender y, en consecuencia, el teólogo no es otra cosa que el creyente, precisamente porque es creyente, esforzándose en «comprender». Desde esta perspectiva no puede menos de parecer contra la misma naturaleza de la teología toda oposición más o menos velada entre teología y fe.

Influye notablemente en la fuerza con que Juan Pablo II se sitúa en esta perspectiva su consideración de la verdad, sobre todo, de la «verdad divina» en su dimensión salvadora. La relación honesta con la verdad es puesta en dependencia, como perteneciente, a la participación en la misión profética de Cristo. Así sucedía con toda verdad, incluida la sencilla verdad «natural», y esto porque toda verdad encuentra su fuente en Dios. Con respecto a la verdad divina, el mismo Cristo, «cuando la transmite como profeta y maestro, siente la necesidad de subrayar que actúa en fidelidad plena a su divina fuente»¹⁸. De hecho la Verdad tiene un nombre entrañablemente personal: Dios. Es la «Verdad total» que da sentido pleno al hombre y a la creación y es el horizonte último de la búsqueda intelectual (21,11).

La consideración del teólogo se centra primordialmente en la verdad divina. De hecho todo su quehacer es un diálogo amoroso con esa verdad. En ese diálogo es primordial la iniciativa divina, pues en la Revelación «es Dios quien inicia la conversación y es Dios quien la lleva adelante. El hombre escucha y responde»¹⁹. Así, la investigación teológica se enfrenta con el infinito misterio de Dios que se comunica personalmente con nosotros mediante la palabra y la obra de la Redención, es decir, «no se enfrenta con una verdad impersonal y fría, sino con el mismo Yo de Dios, que en la Revelación se ha hecho Tú para el hombre»²⁰.

La fe es la acogida a esta Revelación. Ella misma es aceptación libre y conocimiento. «*Fides est in nobis* —recordará Su Santidad citando un conocido texto de Santo Tomás— *ut perveniamus ad intelligendum quae credimus* (In *Boeth. de Trin.* q. 2, a. 2, ad 7). Es el pensamiento de toda la tradición teológica, y en especial la postura de San Agustín (...). *Sólo la obediencia de la fe* (cfr. Rom. 16,26), con la cual el hombre se abandona por completo a Dios en plena libertad, puede llevar a la comprensión profunda y sabrosa de la verdad divina»²¹. De una forma o de otra, en el pensamiento de Su Santidad aparece siempre subrayada la estrecha relación existente entre teología y fe; entre aceptación de la verdad divina y comprensión cada vez más profunda: «La teología se mantiene siempre dentro del proceso mental, que va del *creer* al *comprender*» (10,2).

En el *Proslogium*, 11, San Anselmo oraba así: «Oh Dios, enséñame

18. Enc. *Redemptor hominis*, n. 19.

19. *Discurso a las Universidades Pontificias* (16-X-1979), n. 2. (16-X-1979), n. 2.

20. *Ibidem*, n. 1.

21. *Ibidem*, n. 3.

a buscarte y muéstrate a mí que te busco, ya que yo no puedo buscarte ni encontrarte si tú mismo no te manifiestas». Comenta Juan Pablo II: «Es una oración tan sencilla y bella que puede constituir un modelo de plegaria para quien se *apreste a estudiar a Dios* (...). Un auténtico trabajo teológico —digámoslo claramente— no puede ni comenzarse ni concluir sino de rodillas, al menos en el secreto de la celda interior donde es posible *adorar al Padre en espíritu y en verdad* (cfr. Jn 4,23)»²².

En el *Discurso de Salamanca*, en un contexto en que con tanto vigor se viene hablando de la estrecha conexión entre teología y fe, Su Santidad utiliza tres adverbios para describir el carácter científico de la teología. La teología «es reflexión *científica*, en cuanto conducida *críticamente*, es decir, consciente de sus presupuestos y de sus exigencias para ser universalmente válida; *metódicamente*, a saber, conforme a las normas impuestas por su objeto y por su fin; *sistemáticamente*, es decir, orientada hacia una comprensión coherente de las verdades reveladas en su relación al centro de la fe, Cristo, y en su significado salvífico para el hombre» (10,2).

La crítica, es decir, el rigor mental tan propio del científico, no se dirige en el quehacer teológico a su propio objeto —que le ha sido dado, pues trabaja sobre una verdad recibida que ni siquiera el mismo Cristo llama suya²³—, sino sobre el propio quehacer, es decir, sobre la fidelidad de este quehacer a sus presupuestos y a sus exigencias; el método ha de ser propio, es decir, conforme al objeto y al fin; Cristo y su significado salvífico para el hombre ocupan el centro en torno al cual ha de orientarse la comprensión coherente de toda la verdad revelada²⁴. El carácter científico de la teología cuida de que ésta se mantenga siempre en su terreno, es decir, «dentro del proceso mental que va del *crear* al *comprender*», es decir, cuida de que la fe sea «la raíz vital y permanente de la teología».

Desde la conexión señalada entre teología y fe, pasa Su Santidad a hablar de las relaciones entre teología y Magisterio, subrayando que la fidelidad a Cristo implica fidelidad a la Iglesia, y la fidelidad a la Iglesia comporta, a su vez, fidelidad al magisterio. De hecho, el pensamiento que ha comenzado a desarrollarse con la cita anselmiana de la

22. *Discurso a las Universidades Pontificias* (16-X-1979), n. 4.

23. El teólogo investiga y enseña esta verdad, pero también y, antes que nada, da testimonio de ella: «¿Cómo no estar agradecidos cuando, de este modo, la lengua humana y el pensamiento humano han sido visitados por la Palabra de Dios y por la Verdad divina, y han sido llamados a participar en ella, a dar testimonio de ella, a anunciarla y también a explicarla y a profundizar en ella del modo correspondiente a las posibilidades y exigencias del conocimiento humano? Esto es propiamente la teología. Esta es propiamente la *vocación del teólogo*» (*Discurso a las Universidades Pontificias*, 16-X-1979, n. 3).

24. El Papa está aludiendo a la jerarquía de verdades en el sentido en que fue expuesta por el Concilio Vaticano II. También se refiere a ella en el *Discurso a los profesores de teología en Altötting*, n. 3.

teología como *fides quaerens intellectum* vuelve a aparecer aquí especificando que la fe «raíz vital y permanente de la teología» es eclesial, y concluye haciendo notar que, puesto que «el teólogo es ante todo y radicalmente un creyente (...) su labor teológica no podrá menos de permanecer fielmente vinculada a su fe eclesial, cuyo intérprete auténtico y vinculante es el magisterio» (10,5).

Esta fidelidad —continuará el Papa, esta vez con palabras de su Discurso a los teólogos de Alemania—, «ni aliena al teólogo de su quehacer propio, ni lo priva de su irrenunciable consistencia»²⁵. Lo que se busca, aquello en lo que el Papa está insistiendo, es una teología de fidelidades a lo que es su «raíz vital y permanente», pues «con la misma libertad radical de la fe con que el teólogo católico se adhiere a Cristo, se adhiere también a la Iglesia y a su magisterio». No se busca, en cambio, lo que podríamos llamar una teología «confesional», una teología de controversia. Se busca una teología que se mueva con el huelgo de lo que está realmente vivo; una teología que camine con el garbo y naturalidad propios de quien es por propia naturaleza «pregunta y búsqueda ilimitada». Y se busca con el convencimiento de que en la medida en que el teólogo sea fiel a la naturaleza de su quehacer científico, en esa misma medida estará dando consistencia y universalidad a su propio trabajo.

6. Fidelidad y creatividad

Durante su viaje a España, el Papa insiste en repetidas ocasiones en estas dos notas siempre deseables en el quehacer teológico, pero especialmente en estos momentos. Así aparece numerosas veces al evocar las egregias figuras de la gran teología española. Esos «maestros sabían que, en el campo teológico, la investigación implica fidelidad a la Palabra revelada en Jesucristo y confiada a la Iglesia» (21,4). Ellos supieron «reconciliar admirablemente las exigencias de una plena libertad de investigación con un profundo sentido de Iglesia» (21,4). La verdad es que quizás en ningún sitio como en este campo —las relaciones teólogos-magisterio— sea aplicable la clásica expresión española para designar una tensión interpersonal: *falta de inteligencia*. Cuando esta inteligencia existe, siempre se sabe conciliar lo que es distinto, pero en ninguna manera opuesto.

También a los grandes maestros tocó vivir tiempos difíciles y supieron cumplir su cometido distinguiéndose «por su fidelidad y creatividad. Fidelidad a la Iglesia de Cristo y compromiso radical por su

25. Tras esta afirmación, el discurso en Altötting (n. 3) prosigue subrayando que tanto el Magisterio como la teología sirven «a una sola totalidad».

unidad bajo el primado del Romano Pontífice. Creatividad en el método y en la problemática» (10,1). Diríamos que sólo en este ámbito, que va de la creatividad a la fidelidad y viceversa, puede el teólogo cumplir su cometido. Precisamente en la forma en que aquellos exegetas y teólogos supieron captar y resolver la problemática de su época siguen siendo maestros «en orden a lograr una renovación tan creativa como fiel, que responda a las directrices del Vaticano II, a las exigencias de la cultura moderna y a los problemas más profundos de la humanidad actual» (10,1).

La tarea enunciada aparece ingente, tan ingente como lo fue la de los grandes maestros del Siglo de Oro. Y como en toda investigación, como en una verdadera creatividad, ha de decirse que si bien es verdad que existen *maestros*, no existen caminos hechos, en el sentido y ámbito precisos de que es necesario *crear*. De ahí que el Pontífice subraye con ahinco la fuerte unión que debe darse en el teólogo entre su teología y su fe. Sólo si está viva esta «raíz permanente de la teología», podrá rendir su fruto la *creatividad* científica del teólogo.

Más aún, la fidelidad a la tarea teológica implica en sí misma creatividad, pues «el teólogo no puede limitarse a guardar el tesoro doctrinal heredado del pasado, sino que debe buscar una comprensión y expresión de la fe que haga posible su acogida en el modo de pensar y hablar de nuestro tiempo» (10,2). Fidelidad y creatividad, renovación en la continuidad y viceversa²⁶, marcan las características que se piden al teólogo de nuestros días en su quehacer científico.

Por la misma naturaleza de la cuestión, quizás no sea posible concretar más, pues sólo el genio del espíritu humano desde sí mismo —desde su fe «buscando comprender»— es capaz de unir entre sí exigencias, a primera vista, contradictorias. En el Discurso papal se señalan dos «analogados» de lo que se está pidiendo a los teólogos que, al menos, sirven para apuntar hacia aquello que se está queriendo decir: la creatividad de los maestros españoles y el proceso de reflexión teológica seguido por el Concilio Vaticano II, es decir, la búsqueda de «la correlación entre los problemas hondos y decisivos del hombre, y la luz nueva que irradia sobre ellos la persona y el mensaje de Jesucristo» (10,3).

Precisamente por esta «correlación» que ha de buscar, el teólogo necesita el auxilio de «una filosofía antropológica» (nótese que se ha

26. El Papa remite en este lugar a su *Discurso a los Obispos belgas* de 18-IX-82. He aquí las cuatro cosas que en este Discurso se proponen a los obispos para promover una sana teología: «Seguir velando por la exactitud de la fe que trata de comprender (...) Los doctores de la fe deben huir del hermetismo e incluso del lenguaje simplemente confuso que puede engendrar ambigüedad (...) Mantener en sí mismos un sentido profundo de la unidad de la Iglesia (...) Las exposiciones de los teólogos deben hacer la fe más transparente».

evitado utilizar la palabra *antropocéntrica*²⁷, tan característica de determinadas posiciones filosóficas). Se refiere con ella el Papa no a un determinado método filosófico, sino a un conocimiento del hombre desde todos los puntos de vista, «para responder a la pregunta *qué es el hombre*», a una filosofía que busque «en las estructuras esenciales de la existencia humana las dimensiones trascendentes que constituyen la capacidad radical del hombre a ser interpelado por el mensaje cristiano para comprenderlo como salvífico, es decir, como respuesta de plenitud gratuita a las cuestiones fundamentales de la vida humana» (10,3).

Como en Méjico o en Alemania, Su Santidad invita a los teólogos españoles a concentrar su atención en lo que denomina los «temas radicales y decisivos» de la teología²⁸. En el párrafo anterior, el Papa se ha referido a la «situación de la cultura actual» en la que se tiende a «dejar en silencio la dimensión trascendente del hombre, y por eso, lógicamente, a omitir o negar la cuestión de Dios y de la revelación cristiana». La palabra «cultura», como es obvio, está designando aquí el ambiente cultural en que se mueve el hombre medio, lo que sirven al ciudadano en forma casi masiva los *mass media*. Diríamos que la pérdida del sentido de la trascendencia es característico de la sociedad secularizada.

Y precisamente porque el teólogo nunca, pero menos aún en una época tan llena de problemas, ha de estar «aislado en una especie de torre de marfil», los temas de reflexión prioritaria que se le proponen son Dios, Cristo, el hombre en lo que tiene de «tensión insuperable entre su finitud y su aspiración ilimitada»²⁹, es decir, en aquella precisa faceta en que se hace particularmente patente su apertura a la trascendencia, su vocación irrenunciable al infinito, su estructura que supera lo efímero. Con esta concentración —que señala sólo prioridades—, se trata, en definitiva, de responder a los problemas más profundos de la humanidad actual, problemas, por otra parte, perennes en el discurrir de la historia.

27. En otros lugares, Juan Pablo II utiliza la palabra «antropocéntrico», refiriéndose al trabajo teológico evidentemente en un marco muy distinto de lo que se ha dado en llamar filosofía antropocéntrica. «Es, pues, obvio que vuestro trabajo debe desarrollarse con una orientación sustancialmente teocéntrica y cristocéntrica, para convertirse después en trabajo auténticamente antropocéntrico» (*Discurso en la Pontificia Universidad Salesiana*, n. 5).

28. En Méjico, se proponen estos tres temas: la verdad sobre Jesucristo, sobre la misión de la Iglesia y la verdad sobre el hombre. En Altötting propone Dios Trino, su salvación dirigida al hombre y la idea de creación.

29. Se trata de profundizar en los datos fundamentales de la antropología cristiana e ilustrar su significación práctica para la sociedad moderna (Cfr. *Discurso en la Universidad Complutense*, n. 11).

7. *Misión ardua e importante*

Las palabras finales del Papa en el *Discurso a los teólogos* constituyen un encomio de su labor. Son palabras cálidas de quien comprende por experiencia las dificultades inherentes al buen hacer teológico, las exigencias y sacrificios que comporta. Las alabanzas de Su Santidad quizás sean, al mismo tiempo, una delicada petición a todos —obispos y teólogos— de que en el futuro se ponga mayor empeño en ser dignos de ellas.

Así, por ejemplo, cuando pide dedicación plena a la investigación y a la enseñanza, «porque la enseñanza sin la investigación corre el peligro de caer en la rutina de la repetición». Ser teólogo, pues, es importante misión, pero también tarea árdua, «callada y abnegada». Horas de docencia y, lo que es más importante, horas de trabajo investigador. Sólo así podrá el teólogo cumplir ese deber de ser creativo tan necesario y urgente. Se trata de creación fecunda y eficaz; se trata de presentar la verdad en la profundidad y sencillez de su esplendor. Ajena a esta seriedad es la prisa, la publicación de un pensamiento no suficientemente pensado, no elaborado con la necesaria detención y, por ello quizás, sin haber encontrado la claridad imprescindible en las palabras usadas. Insiste el Papa: «sed tenaces y constantes en la maduración continua de vuestras ideas y en la exactitud de vuestro lenguaje». Y al mismo tiempo se requiere discernimiento, es decir, «una lectura de las publicaciones de más alta calidad y el duro esfuerzo de la reflexión personal».

La oración con que concluye el *Discurso* expresa estos deseos: que exista coherencia en el teólogo entre su vida y lo estudiado; que en las cátedras y en las publicaciones no haya nada que no corresponda a la fe de la Iglesia y a las directrices del Magisterio; que los teólogos sientan el gozo y la responsabilidad eclesial de dar la auténtica doctrina de Cristo.

«Las profundas transformaciones culturales experimentadas por nuestra sociedad —comentan los Obispos españoles— reclaman de la Iglesia un nuevo esfuerzo de evangelización» (Exh. 38). En este esfuerzo que abarca tantos campos y reviste tantos matices ha de estar presente de manera creativa y fiel la teología. Entre otras razones, porque sólo así sabremos honrar y continuar la valiosa aportación de la Iglesia al patrimonio cultural de España y porque «traicionaríamos a nuestros hermanos si no fuéramos capaces de decirles la palabra justa, humilde y sincera que les invite a buscar en el Dios verdadero y en su enviado Jesucristo (cfr. Jn 17,3) las auténticas raíces y los fundamentos más firmes de sus anhelos de plenitud de sentido» (Exh. 38).

L. F. Mateo-Seco
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

